

la dulce vida del *Varón* de Horacio;
ese hombre, ese hombre justo, en su heroísmo,
quiso ofrecerse al Dios de sus mayores
por salvar á la Patria;—y así el mismo
que en su vida ejemplar de varón fuerte
tranquila senda recorrió de flores,
cóleras de volcán tuvo en su muertel...

¡Tal el héroe cayó!

Y al rudo embate
cien héroes más entre el feral combate
siguieron luego esos gloriosos rastros,
que fulguraron en la lucha fiera...
No vencerá la sombra aunque el sol muera;
que, cuando muere el sol, nacen mil astros!

En torno del cadáver, la apretada
tropa, en círculo estrecho,
rechazó al invasor desesperada,
como embota la punta de una espada
la recia cota sobre el firme pecho;
y en torno del cadáver, el hirviente
combate creció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡Cuando cae un peñón en un torrente,
el agua de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolinal...

IX

FIN DEL ASALTO

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
ALFONSO UGARTE, cual fugaz meteoro:
tal en las sombras del dolor oculto
brilla á veces un rayo de esperanza...

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol: rasga la bruma
con flecha veloz; y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror... ¡y luego salta!

El joven capitán está vaciado
en homérico molde: al ver su tropa
desgranarse, soldado tras soldado,
ya la esperanza de vivir perdida,

apura de una vez la amarga copa
en el brindis heroico de su vida...

¿Cómo cantar el pavoroso instante
que separa su vida de su muerte?
Ahí, sobre la cumbre, es un gigante
que se empina ante el mar, con la mirada
fija en el cielo; entre su mano fuerte,
hecha un rayo de luz vibra la espada;
y de su espuela al golpe temerario
el corcel en dos pies mide el abismo:
¡es así como un bronce legendario
que se yergue asombrado de sí mismo!

¡Y luego llega el pavoroso instante
en que cae por fin, tal como roto
se desplomara un bronce hacia adelante
en medio del fragor de un terremoto!

Y al ver así cayendo su figura,
con la espada desnuda entre la mano,
en su blanco corcel, creyó el Oceano
que era un Angel bajando de la Altura!

Estrellóse por fin en la ribera;
y la ola al besarlo lastimera
lo envolvió en la mortaja de su espuma:
mientras un solo instante, uno tan sólo,
detuvo su fragor la lucha fiera;
que todos, todos, con sorpresa suma,

parecían mirar entre la bruma
el rayo aún de esa veloz carrera...

Brilló en la Historia para siempre el nombre
de ALFONSO UGARTE; y en el ancho viento
un trueno repitió con ronco acento
la frase de Shakspeare: *¡Ese es un hombre!*

¡Y se le ve en la Historia todavía!...
¡Cae, cae veloz, rápidamente,
del alto Morro hasta la mar bravía:
ya que lo hace caer la Suerte ingrata,
como su empuje ha sido de torrente
su caída es también de catarata!...

El débil «Manco Cápac», que ese mismo
heroico ejemplo ve, se rasga el seno;
y antes de ser del invasor chileno,
se hunde también en el profundo abismo!

En tanto, sobre el Morro, en el postrero
fuerte del norte, un grupo denodado
resiste altivo al vencedor, que fiero
en su innúmera hueste lo ha encerrado,
como en compacto círculo de acero.
El asalto invasor rompe la valla,
que cede al fin; y el grupo prisionero
es el punto final de la batalla!

Y luego, sobre el campo,
que sembrado de fúnebres despojos,
invitaba al dolor, su vivo lampo
fulminó el sol: acaso en sus enojos,
disipando el crespón de la neblina,
quiso ver de quién era la victoria;
y vió en ruína á su Patria, ¡pero en ruína
que era como la tumba de la Gloria!

De las quince centenas de soldados
que escoltaban al héroe, diez centenas
por la tierra quedaron esparcidas:
esos héroes desnudos, desgarrados,
ostentaban apenas
la púrpura imperial de sus heridas...

Y ahí mismo, dispersos invasores,
como banda de buitres iracundos,
cebáronse en sus últimos rencores
sobre los indefensos moribundos;
y como el avariento en su tesoro,
gozáronse con sórdidos afanes
en despojar de sus galones de oro
á los mismos gloriosos capitanes...

Así el salvaje cazador, que pudo
herir al noble puma, que maltrecho
rodó á sus pies, le clava la rodilla;
con una mano oprímele el membrudo
cuello; y con otra en la mitad del pecho

húndele su cuchilla.
El generoso puma, que ha logrado
ver al salvaje cazador deshecho
ante sus pies, lo deja abandonado;
pero el salvaje con presteza suma
lo desuella cruel: ¡y es que ha luchado
para vestirse con la piel del puma!

Agrupados y estrechos,
y mezclando la sangre generosa
de sus rasgados pechos
con la de los heridos invasores,
sólo ansiaban los héroes una fosa
en que dormir un sueño sin rencores.

¡Todo el que ahí cayó, cayó con gloria!
Aquel, cualquiera de ellos, es un hombre,
un hombre, y eso basta; y si la Historia
héroe sin nombre lo llamara un día,
aquel, cualquiera de ellos—*Tengo un nombre:*
yo me llamo Perú—protestaría!

Aunque sobre el fragor, cual voz de trueno,
pregonó paz á la revuelta tropa
el ronco grito del clarín chileno,
la cólera inundando la ribera
y el rencor rebalsando de la copa
no se saciaron con la lucha fiera;
y en grupos, á los bravos paladines
que aprisionado había, despiadada
la tropa quiso asesinar. En vano
se enronqueció la voz de los clarines!

Un capitán chileno, con la espada
 en la viril, castigadora mano,
 impuso paz entre la tropa airada
 y la vida amparó de los cautivos,
 que así pudieron, tras el odio insano
 de la hueste furiosa, quedar vivos.

El mismo SALVO fue ¡Quiso la Suerte
 dejar con ello su misión cumplida;
 y así el que fué emisario de la Muerte,
 fué después mensajero de la Vidal...

Semilla heroica de una raza fuerte,
 esos sobrevivientes, que entre el ronco
 trueno de los cañones, á su paso
 tropezaron mil veces
 sin llegar á caer, fueron acaso
 las más amargas, dolorosas heces,
 lejos, lejos de ser los más felices:
 ¡así al golpe del hacha rueda el tronco;
 pero quedan clavadas las raíces!...

Súbito el fuerte aquel, en que rodeado
 preso cayó el puñado
 de héroes que en su altivez amenazantes
 lucharon sin piedad, saltó en inmenso
 estrépito de horror; porque en él, antes
 del fin siniestro, preparada mina
 retumbante tronó, y el humo denso
 fingió crespones sobre tanta ruina!

El fragoroso ruido
 puso pavor dó quier: el humo, un velo
 ante ese sol de cólera encendido,
 que fulgiera en Junín y en Ayacucho
 y que en Arica ensangretara el cielo...
 ¡Era el grito final, era el traquido
 con que estallaba el último cartucho!

En esa voz, que desgarró la calma
 del silencio mortuorio, en ese estruendo,
 en ese ¡ay! de protesta, había un alma!
 Era el grito doliente en que gimiendo
 claman á Dios el huérfano y la viuda,
 la madre abandonada, el padre anciano,
 que ven tronchado en la batalla ruda
 el báculo, ay! en que apoyar la mano,
 era la voz de la Conciencia, herida
 por la injusticia de la aviesa Suerte:
 era el postrer suspiro de la Vida
 entre la carcajada de la Muerte:
 era el gemido de dolor y espanto
 del viejo que la tumba se desploma,
 repercutiendo la explosión de llanto
 del tierno infante que á la vida asoma:
 era el grito primer, que aun no asomados
 á este valle de lágrimas y males,
 dan los póstumos hijos ignorados,
 saltando en las entrañas maternas
 como resurrección de esos soldados!...

¡Ay! y luego... las ruinas por dó quiera
 El clarín pregonando la victoria

y en la altitud de tricolor bandera;
 el sol vertiendo su esplendor de gloria,
 á través de los lóbregos crespones
 del humo denso; la lejana flota,
 con las bocas de horror de sus cañones
 fijas hacia la cúspide remota;
 y en el fuerte postrer de ronco estruendo,
 temblorosas, danzantes, serpentinas,
 llamas rojas y azules relamiendo
 el informe tumulto de las ruinas...

Mañana... de los fúnebres despojos
 el rastro quedará; y ante los ojos
 del viajero, que ansioso de impresiones
 abra la tierra, saltarán opresos
 bajo las duras piedras, en montones,
 descarnados al fin los blancos huesos...

Cuando pasó la guerra,
 esparcidos dejó sobre la tierra
 astillados fragmentos de armadura,
 limpias hojas de acero diamantino,
 como el corcel que deja su herradura
 abandonada en medio del camino.
 Quedaron, como al viento la ceniza,
 los despojos mortales por dó quiera
 esparcidos también! Tal se desliza
 un raudal, salpicando la ribera...

Luengos años después, como santa,
 el ataúd de esos despojos vino

á buscar amantísimo reposo
 en la tierra natal ¡Oh musa canta
 esa vuelta al hogar! No fué el camino
 por dó el pródigo hijo licencioso
 llega al festín paterno: fué la senda
 de heroicos y de injustos sacrificios,
 que señaló á través de la contienda,
 en el desierto de infecundos vicios
 de la esperanza la segura tienda!

¡Ah! fué la vuelta del pendón rasgado
 á las manos del último soldado,
 que á no morir en el combate alcanza;
 y fué un soplo que vino del pasado
 á avivar el ardor de la esperanza!...

¡Y volvieron, al fin, esos despojos!
 Como el cadáver de Héctor en la Iliada,
 los salió á recibir el pueblo entero...
 La voz trémula y húmedos los ojos,
 yá Casandra no fué la que inspirada,
 de la altitud los saludó primero,—
 sino la Patria misma que, la espada
 rota en la diestra y con crespón de luto,
 cual una reina viuda y desolada
 que en su propio dolor se dignifica,
 buscó en la confusión, tal como un fruto
 entre mil flores, al Titán de Arica!...

Y arrojándose á él en su desvelo,
 lo estrechaba con hórrida agonía;

y, como Hécuba á Héctor, le decía:
—¡Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo
el que más adoraba el alma mía!—

X

CONCLUSION

Y la noche primer del cautiverio
sobre el Morro cayó.

¡Lumbre sangrienta
iluminó ese vasto cementerio:
y de entonces, el Morro; entre el misterio
tenebroso y profundo del pasado,
es así como un túmulo que ostenta
el cadáver de un pueblo embalsamado!...

El noble pueblo, que en feral combate
se desplomó sobre sus propias ruinas,
orgullosa de glorias, no se abate;
pero recorre, á golpes de acicate,
quebradas de dolor, cuestas de espigas...
El pueblo, que en la luz del heroísmo